

7. Problemas estructurales y desafíos estratégicos de la izquierda: una mirada desde la Argentina	Titulo
Boron, Atilio A. - Autor/a;	Autor(es)
Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales	Editorial/Editor
2000	Fecha
	Colección
ideologías políticas; filosofía política; democracia; capitalismo;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/se/20100614113818/8cap7.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



7. Problemas estructurales y desafíos estratégicos de la izquierda: una mirada desde la Argentina

Introducción

Al igual que Hamlet, la izquierda argentina se pasea incansablemente por los más remotos confines de la oposición preguntándose las razones por las cuales no logra constituirse como una efectiva alternativa de gobierno. Pero esta imagen es, en realidad, engañosa, porque no hay un errante príncipe Hamlet sino dos. El primero –que decididamente representa a una minoría dentro de la izquierda– se interroga angustiosamente acerca del significado e impacto de los cambios experimentados en fechas recientes por el capitalismo argentino y la irritante paradoja que significa que, precisamente en el momento en que la explotación del trabajador asalariado se torna más intensa y descarada que nunca, cuando la virulencia letal del neoliberalismo cobra cada año más víctimas que la totalidad de los desaparecidos durante el terrorismo de estado, la izquierda no sea percibida por la gran mayoría de las capas y los sectores populares como una alternativa creíble de gobierno. El otro, representativo de la opinión lamentablemente mayoritaria en el seno de la izquierda, gusta vestirse con los atuendos del Dr. Pangloss y pensar, como el personaje incurablemente optimista de Voltaire, que tarde o temprano la "verdad de la revolución" madurará en el seno del proletariado y que no hay nada que cambiar. La propia irrelevancia política y su falta de gravitación electoral y social son exclusivamente culpa de los demás. Para los sectarios, la tragedia de una izquierda ausente nada tiene que ver con las debilidades de sus propuestas, sus formas autoritarias de organización, lo arcaico e insensato de sus discursos hacia la sociedad o su desconexión con las urgencias sociales de nuestro tiempo. "Autocrítica" es una palabra que no existe en el diccionario de los fundamentalistas de izquierda; "rectificar" es otro verbo desconocido en su lenguaje.

En su versión más tosca esta actitud se ha plasmado en una fórmula –de inocultable ancestro futbolístico– repetida hasta el cansancio en incontables manifestaciones: si la revolución no se consumó fue porque a la dirigencia "le faltó huevos" y prefirió traicionar al mandato popular. Así, de este modo, se despacha el diagnóstico y la discusión de uno de los temas más cruciales de todo el siglo XX para el movimiento obrero mundial: la ausencia de la revolución en Occidente. Esta realidad dio lugar a tres interpretaciones: una, defendida por quienes seguimos creyendo en la transitoriedad del capitalismo y la necesidad del socialismo como exigencia integral y civilizatoria, reconoce la "demora" del proceso revolucionario y advierte sobre los inéditos tempos, secuencias e itinerarios no previstos en las formulaciones marxistas clásicas; la segunda, favorita para la legión de conversos y renegados que se adaptaron con rapidez a los nuevos tiempos, postula la irreversible extinción del impulso revolucionario y su irrecuperable extravío en un mundo en donde, finalmente, el capitalismo habría derrotado a todos sus oponentes y bebiendo de la fuente de Juvencia logrado su eternización; la tercera y última corresponde al "infantilismo izquierdista" –tantas veces denostado por Lenin– y que se contenta con proclamar la inverosímil "inminencia" de la revolución, preanunciada por signos tan inequívocos como la huelga de los obreros del carbón en Siberia, la de los trabajadores de la UPS en Estados Unidos, la "huelga social" del invierno francés de 1995, o la "carpa blanca" de los docentes en huelga de hambre de la Argentina menemista. No por casualidad los medios de comunicación de masas en este país dan amplia acogida a las dos últimas interpretaciones; una porque certificaría "científicamente" que la revolución fue tan sólo una pasajera pesadilla, y la otra porque al proclamar contra toda evidencia su inexorable proximidad, termina llevando agua al molino de los ideólogos del capital. El resultado, en ambos casos, es que la izquierda tout court queda desacreditada ante los ojos de una sociedad que reclama respuestas y propuestas concretas para salir del infierno neoliberal. Si algún futuro tiene la izquierda en la Argentina –y creemos que, definitivamente, sí lo tiene y, probablemente, más pronto de lo que muchos piensan–, las perspectivas de éxito o de fracaso en las tareas que le toque en suerte cumplir van a estar fuertemente condicionadas por la imagen del príncipe que finalmente haya prevalecido en la construcción de la alternativa política. Si fuese la izquierda "panglossiana", entonces no tendremos futuro alguno. Si, por el contrario, triunfase una izquierda reflexiva y rigurosa, sería teórica y doctrinariamente –

"racional" como decía Miliband— y de cara al siglo xxi en lugar de vivir anclada en el siglo xix, entonces podríamos esperar los desafíos del futuro con cauteloso optimismo. Lo que quisiéramos plantear en las páginas que siguen son unas pocas reflexiones acerca de la forma como los legados históricos que se condensan en el capitalismo argentino de fines de siglo xx, los problemas estructurales que hoy lo caracterizan y las concepciones estratégicas predominantes en el seno de la izquierda se conjugan para bloquear el avance de las propuestas y políticas socialistas. Nuestra expectativa es aportar algunas ideas y observaciones para un debate que es a la vez urgente y necesario. No se trata de proponer certidumbres incommovibles sino de acercar algunas interpretaciones que faciliten la renovación de una discusión que se encuentra demorada desde hace ya varias décadas. El caso argentino es particularmente apropiado para este propósito toda vez que es uno de los países en los cuales la dispersión y debilidad de la izquierda ha llegado a niveles extremos. En varios países de América Latina: Brasil, Uruguay, Chile, México, El Salvador y varios otros más la izquierda tiene una presencia y una gravitación que la convierten en un actor insoslayable del proceso político. La Argentina —y más recientemente Perú, aunque aquí el fenómeno tiene manifestaciones distintas y obedece a diferentes causas— constituye una notable excepción a esta tendencia. El análisis de la "excepcionalidad argentina" se justificaría así teóricamente por dos razones: por una parte, porque permite observar con inigualable nitidez ciertos problemas que, si bien en menor medida, también pueden detectarse en la izquierda de los demás países del área; segundo, porque la experiencia internacional —sobre todo la europea— demuestra que fueron muy pocos los casos en los cuales pudo construirse una democracia exitosa y estable en ausencia de una izquierda fuerte. De manera que el análisis de la experiencia argentina no sólo puede arrojar cierta luz sobre los problemas de la izquierda latinoamericana sino también, en alguna medida, sobre las dificultades que parecen abrumar a los procesos de democratización en América Latina.

Legados históricos: la "excepcionalidad" argentina

Ya desde los años de la década de 1860 Marx había manifestado su perplejidad ante el retraso que la formación de un vigoroso movimiento socialista evidenciaba en los Estados Unidos. Este "desvío" norteamericano ponía en cuestión la teoría según la cual el desarrollo del capitalismo y sus contradicciones favorecerían la aparición de un partido socialista o comunista. Los altos salarios pagados en los Estados Unidos, consecuencia de la notable escasez de mano de obra, y la existencia de una forma "cuasi-democrática" de gobierno fueron considerados por Marx como dos factores fundamentales para explicar esta llamativa demora. Sobre estas líneas tanto Lenin como Engels habrían de elaborar, tiempo después, su teoría del "aburguesamiento de la clase obrera".

Un punto de partida semejante adopta Werner Sombart en un trabajo clásico sobre el tema (Sombart, 1976). Este autor, sin embargo, agrega otros elementos: la actividad favorable del trabajador hacia un capitalismo despojado de los rasgos parasitarios que exhibía en Europa; el papel cumplido por la temprana universalización del sufragio masculino en la integración política de la clase obrera; el impacto del bi-partidismo norteamericano al co-optar dirigentes y banderas de lucha de las clases subalternas; el papel de la frontera en la desmovilización de la militancia y las consecuencias políticas de las altas tasas de movilidad ascendente (Sombart, 1976: pp. xix-xxiii).

Sobre la base de este telón de fondo es posible sostener que la debilidad de la izquierda en la Argentina se encuentra fuertemente condicionada por un conjunto de legados históricos que tuvieron como resultado su progresivo aislamiento de la gran masa de la población. Aquí nos referimos a procesos o a cristalizaciones de ciertas coyunturas que quedaron coaguladas en el imaginario popular, constituyendo poderosas barreras a la difusión de las ideas socialistas y a la penetración de las organizaciones de izquierda, todo lo cual terminó por bloquear las posibilidades de su crecimiento político, organizacional y electoral. Más específicamente nos concentraremos en el examen de tres conjuntos de factores: las discontinuidades en la conformación de la clase obrera, las consecuencias de la obra gubernativa del peronismo, y los "hechos de masas" de octubre de 1945.

Discontinuidades en la formación de la clase obrera

En su proceso de conformación histórica la clase obrera argentina sufrió una radical discontinuidad en la década de los treinta, precisamente cuando además se precipitaba sobre ella una feroz represión. Hasta la "Gran Depresión" que estalla en octubre de 1929 el grueso de la clase obrera tenía origen extranjero. Las cifras de los censos de 1895 y 1914 son harto elocuentes al respecto: en el primero, el 60% del total de los trabajadores, manuales y no manuales, de la industria en todo el país habían nacido en el extranjero, cifra que aún se mantenía en un extraordinariamente elevado 50% en 1914. En la ciudad de Buenos Aires, foco principalísimo de la constitución del proletariado industrial, estas cifras eran notablemente más elevadas: como una indicación baste con recordar, como lo hace Gino Germani que, entre los años mencionados más arriba, los varones extranjeros y mayores de 20 años de edad llegaban a formar las tres cuartas partes de todos los varones adultos (1962, pp. 251-260). La prensa obrera, rebosante de artículos y notas de clara orientación socialista, anarquista y comunista, se publicaba como no podía ser de otra manera mayoritariamente en lenguas extranjeras. En un capitalismo sumamente dinámico como era el argentino durante las tres primeras décadas de este siglo y caracterizado asimismo por elevadas tasas de movilidad social ascendente – documentadas hace más de treinta años en los pioneros estudios de Gino Germani– una parte muy significativa de los sectores obreros ascendía socialmente a las capas medias en el ciclo vital de una misma generación, fenómeno éste que también observara Sombart en los Estados Unidos (Sombart, 1976: pp 115-116). El inmigrante llegaba a nuestras playas como trabajador, muchas veces de origen rural, pero a lo largo de los años buena parte de ellos culminaba su recorrido en las filas de la pequeña burguesía, bien sea como comerciante minorista, pequeño industrial, o dueño de una empresa de servicios y, en ciertos casos, como empleado de "cuello blanco". Sus hijos, casi invariablemente, heredaban la empresa familiar o lograban ocuparse como empleados, públicos o privados, y no pocos de ellos accedían al grado universitario, sobre todo a partir del ascenso del radicalismo al poder en 1916. El modelo de M'hijo el doctor – para usar el título de una obra de teatro costumbrista de aquellos años, surgida de la pluma del escritor uruguayo Florencio Sánchez– supo capturar con singular intensidad las aspiraciones de ascenso social fuertemente arraigadas en el imaginario popular (Boron, 1976, pp. 110-220). No obstante, entre 1890 y 1930 la clase obrera se renovaba continuamente a partir de la enorme vitalidad del flujo migratorio. Pese a la incesante circulación ascendente de una parte de la misma había una continuidad –sobre todo cultural– en sus propias filas, y los nuevos contingentes de inmigrantes que se sumaban al proletariado absorbían rápidamente los rasgos fundamentales de una cultura política profundamente saturada con los valores y las aspiraciones de la izquierda. Sin embargo, el trauma de los años treinta asestó un golpe mortal a este proceso. Por un lado, se produjo la parálisis de las migraciones internacionales, que cayeron verticalmente luego del crash de la bolsa de valores neoyorquina; por el otro, la represión política desencadenada a partir del golpe de estado fascistizante del 6 de setiembre de 1930 llevó a cabo un sistemático ataque a las organizaciones de los trabajadores y a los partidos de izquierda, arrestando y/o deportando dirigentes, destruyendo locales, archivos e imprentas e ilegalizando a estas asociaciones; por último, los años treinta son también los años en que se acelera notablemente el proceso de industrialización que, al no contar con una oferta de fuerza de trabajo suficiente para satisfacer las necesidades de una estrategia industrializadora intensiva en mano de obra, puso en movimiento un masivo proceso de migraciones internas hasta entonces inédito en nuestra historia. El resultado de este triple proceso fue, por ejemplo –a diferencia de lo ocurrido con el proletariado chileno durante el mismo período–, una marcada discontinuidad entre la "vieja" y la "nueva clase obrera" (Boron, 1972). La primera de origen migratorio, la segunda de origen nativo; aquélla encuadrada por organizaciones de izquierda, ésta relativamente dispersa y carente de canales orgánicos de expresión ante la debilidad de un movimiento obrero perseguido con saña por los gobiernos de la llamada Década Infame. Las contrastantes características sociológicas del nuevo proletariado argentino hicieron difícil el establecimiento de vínculos sólidos y duraderos entre las viejas organizaciones y las nuevas bases sociales. Con todo, en algunos casos eso fue posible –pensemos, por ejemplo, en las experiencias en los gremios de la construcción, la industria de la carne, etc.– pero sólo sirvió para atraer aún más la furia represiva del régimen. Este "vacío organizacional" habría de ser llenado por el peronismo, con las consecuencias por todos conocidas: reemplazo de las antiguas identidades y lealtades ideológicas de la izquierda –socialistas, comunistas y anarquistas– por el pragmatismo populista de Perón. De su mano vendrían tanto una vertiginosa sucesión de decretos y "leyes sociales" que habían dormido el

sueño de los justos en los laberintos del Congreso Nacional como una masiva operación propagandística destinada a fomentar la ilusión de la armonía de las clases sociales, a exaltar el nacionalismo y, con ello, la fraternidad que debía unir a todos los argentinos más allá de sus condiciones de patronos u obreros; a consagrar el paternalismo como la estrategia adecuada para obtener las reivindicaciones sociales por las cuales lucharon durante décadas los sindicatos independientes, etc. En el fondo, una operación ideológica realizada de manera integral, arrinconando los restos del discurso de izquierda en las márgenes mismas de la sociedad civil y el estado y utilizando, para tales efectos, un arsenal de indoctrinamiento que alcanzaba a niños y adultos por igual y para los cuales se destinaba desde *La razón de mi vida* —el texto autobiográfico de Eva Perón en el que se exaltaban los logros del "justicialismo" y que fuera consagrado como libro de estudio obligatorio en la escuela primaria— hasta la "red oficial" de radiodifusión y el férreo control sobre la prensa consumida por los adultos. La efectividad de esta operación puede comprobarse todavía hoy, a más de medio siglo de haber sido lanzada, en la perdurable "inmunización" contra los discursos y las propuestas de izquierda que todavía predomina en el imaginario de las clases populares y, sobre todo, en los sindicatos obreros. No es éste el lugar para explorar en detalle las razones de este desenlace. Lo cierto es que independientemente de cuáles hayan sido sus causas la realidad nos muestra, a finales de este siglo, la existencia de un campo popular profundamente inficionado por la ideología burguesa. Discursos, propuestas y prejuicios de todo tipo proliferan en su seno con una intensidad que no tiene paralelo en ninguno de los principales países de América Latina. ¿A qué atribuir la "desinvención" de esta tradición política, para parafrasear la formulación que Eric Hobsbawm le ha dado a procesos similares? ¿Cómo explicar el progresivo languidecer de una tradición política de izquierda tan fuerte como la que existía en la Argentina de comienzos de siglo?

Creemos que hay una clave fundamental que suministra algunos elementos esenciales de una explicación: la capitulación ideológica de las clases y capas subalternas, su abandono de los ideales de la tradición socialista, fue el resultado de una derrota, de una gran derrota que las fuerzas populares y las organizaciones de izquierda sufren sobre todo a partir de la década del treinta y que se completa con la experiencia del peronismo en el poder entre 1945 y 1955. En consecuencia, es preciso descartar cualquier hipótesis que sostenga que nos hallamos en presencia de una sociedad cuyas clases populares hayan estado permanentemente sometidas a los dictados ideológicos de las clases dominantes. Si bien la hegemonía oligárquica fue prolongada y caló profundamente en la sensibilidad popular, no es menos cierto que la capacidad contrahegemónica demostrada por el movimiento obrero y las fuerzas de izquierda entre 1890 y 1930 difícilmente podría ser sobrestimada. Es más, podríamos plantear la hipótesis de que la excepcional radicalidad manifestada por el populismo peronista (a diferencia de sus más tibios congéneres latinoamericanos) fue en buena medida producto de la existencia de una fuerte tradición contestataria que, pese a todos sus contratiempos, seguía manteniendo una existencia subterránea, como la brasa que continúa ardiendo por debajo de cenizas aparentemente apagadas.

La presencia del peronismo a partir de 1945 es un dato fundamental para comprender la singularísima identidad y la heterodoxa trayectoria de las clases populares en la Argentina. Si en Chile, Uruguay y Brasil, para no mencionar sino los países más cercanos, la identidad obrera ha sido —al menos en una parte muy significativa— forjada al calor de las ideas y las prácticas de las organizaciones de izquierda, en la Argentina nos encontramos ante un proceso completamente diferente. Entiéndase bien: esto no significa que la totalidad de la clase obrera o el asalariado de los países vecinos sea marxista, o vote por los partidos socialistas o comunistas. En Chile, y en menor medida en Brasil, hay sectores populares muy fuertemente vinculados a la democracia cristiana o, sobre todo en el segundo caso, a organizaciones cristianas de base sumamente radicalizadas. En Uruguay la vigorosa tradición laicista hizo que esta presencia fuera mucho más tenue, reafirmando por el contrario la gravitación de las fuerzas tradicionales de la izquierda. Mientras el 1° de Mayo se celebra en aquellos países con banderas rojas y consignas socialistas y comunistas, para las grandes masas populares argentinas dicha fecha es apenas un feriado más en el calendario y su recordación es patrimonio casi exclusivo de los pequeños grupos y partidos de la izquierda. Cuando, en el pasado, el justicialismo lo celebraba —durante las presidencias de su líder, Juan D. Perón, no ya en la década menemista— los colores que predominaban entre las grandes multitudes que colmaban las plazas de la república eran los de la bandera nacional y no el rojo del

internacionalismo proletario, al paso que las abstractas y elevadas estrofas de La Internacional fueron reemplazadas por los versos más prosaicos y personalistas de La marcha peronista. Resumiendo: en ningún otro país de América Latina el legado antisocialista del populismo llegó a ser tan profundo y duradero. ¿Cómo explicar este lamentable resultado, que tan negativas consecuencias ha tenido para el desarrollo de la izquierda? Sería absurdo atribuir el peso de esta herencia exclusivamente a la meticulosidad con que fue realizada la operación de "resocialización política" y a la omnipresencia del aparato propagandístico del peronismo. ¿Qué otros factores contribuyeron a lograr tan perdurables resultados?

El gobierno de Perón y sus sucesores

La eficacia resocializadora del peronismo sólo puede ser descifrada en su integralidad por referencia a las bases materiales sobre las cuales Perón apoyó su prédica ideológica. En efecto, las posibilidades de éxito en esta empresa estaban fuertemente condicionadas por la capacidad del gobierno peronista para refrendar con hechos lo que se enunciaba estentóreamente en sus discursos. Una ideología sólo puede arraigarse con la fuerza impresionante que ha adquirido el peronismo en la Argentina —capaz de sobrevivir a dieciocho años de proscripciones, el exilio de su líder y fundador, el sangriento desastre del gobierno de Isabel Perón, los horrores del terrorismo de estado y la ferocidad antiobrera del neoliberalismo menemista, amén de innumerables traiciones y defecciones de todo tipo— sólo si tal ideología es percibida socialmente como la expresión de una realidad económica y social palpable y concreta. Y esta realidad ciertamente se hizo presente en los años del gobierno peronista, de una forma inimaginable para las capas y estratos populares de países tales como Brasil, Chile y Uruguay.

Las razones son relativamente sencillas: ni Vargas en Brasil, ni González Videla e Ibáñez del Campo en Chile, ni los distintos gobiernos de los "colorados" en Uruguay fueron capaces de producir un repertorio de políticas sociales y económicas que tuvieran la audacia, relativa profundidad y persistencia de las ensayadas por el peronismo en la primera fase de su gestión gubernativa, entre 1946 y 1949. Este punto suele ser soslayado en muchos análisis efectuados en el campo de la izquierda, con lo cual se cae fácilmente en serios equívocos interpretativos y, en algunos casos, en posturas francamente reaccionarias. En relación con los primeros, por ejemplo, la continuidad hegemónica del peronismo en el seno de los sectores obreros sería atribuible a una incurable "falsa conciencia" que luego de más de cincuenta años sigue embotando la cabeza de los trabajadores cual una maldición bíblica; en relación con las segundas, recuérdese que luego de la reelección de Menem en 1995 hubo quienes propusieron públicamente reinstaurar el voto calificado para evitar que los peronistas siguieran eligiendo malos gobernantes. El común denominador de ambas "explicaciones" del fenómeno peronista es, curiosamente, su idealismo, su empeñamiento en ignorar las bases materiales sobre las cuales se constituyó la hegemonía del peronismo sobre los sectores obreros. Y si, por el contrario, se procediera de otra manera se comprobaría que la eficacia persuasiva del peronismo como ideología se relaciona indudablemente al hecho de que la proporción del ingreso nacional destinada a los trabajadores se incrementó, según diversas fuentes, de cerca de un 25% en los inicios de la década del '40 a alrededor del 50% en 1950 (Banco Central de la República Argentina, 1954). Sin caer en reduccionismos economicistas, parecería que este dato es lo suficientemente "duro" como para ser tenido en cuenta a la hora de considerar la persistente influencia del peronismo sobre las capas y clases populares. La experiencia redistributivista del peronismo no tiene, por su rapidez y profundidad, paralelos en la historia latinoamericana, y se halla mucho más cerca, pese a su transitoriedad, de lo acontecido con la revolución cubana que de lo ocurrido durante el gobierno de Salvador Allende en Chile. Es por eso que incluso un autor tan poco afín al peronismo como el propio Gino Germani nunca dejó de mencionar este "componente material" al intentar dar cuenta de la lealtad de las masas populares hacia Perón (1962, pp. 334-335).

Este no fue, por cierto, el único "elemento material" sobre el cual reposó la eficacia ideológica del peronismo. Si algo éste concretó fue el demorado tránsito desde una "ciudadanía política abstracta" —que se había garantizado para los varones mayores de dieciocho años a partir de 1912— a una "ciudadanía económica y social" al estilo de la postulada por T. H. Marshall, saturada de contenidos sustantivos y accesibles a hombres y mujeres por igual (Marshall, 1964,

pp. 71-134). Aquí no sólo se trata del sufragio femenino sino de una avanzada legislación social que de alguna manera reprodujo, aunque no sin importantes lagunas, algunos de los rasgos más distintivos de la reestructuración keynesiana del capitalismo europeo. Todo un amplio conjunto de nuevos derechos fueron incorporados a la condición ciudadana y, lo que es más importante, las políticas públicas ensayadas sobre todo en la "fase ascendente" del peronismo, entre 1946 y 1949/50, se encargaron de avalar, al menos parcialmente, la retórica del oficialismo y, de paso, eclipsar algunas de las más groseras violaciones de la institucionalidad democrático-burguesa en los años del primer peronismo. En todo caso, y más allá de sus intenciones desmovilizadoras, la expansiva política social introdujo un verdadero parteaguas en la historia argentina cuyas cristalizaciones prácticas fueron escuelas, hospitales y viviendas por un lado y una muy avanzada (para el patrón latinoamericano) legislación laboral y social.

Todo este proceso tuvo muy significativas repercusiones en el plano de la conciencia popular, confiriéndole a las clases y capas subordinadas un sentido de pertenencia y una cierta dignidad ciudadana hasta entonces desconocidas para ellas. Vastos sectores de las clases y capas populares experimentaron, por vez primera, la sensación de ser parte integrante de una nación, y la palabra "pueblo", otrora sinónimo de populacho o chusma inculta y degradada, dejó de ser un insulto para convertirse en el más excelso de los atributos. Que en todo esto hubo una evidente manipulación política encaminada a estabilizar una relación de fuerzas entre la alianza populista y sus rivales no cabe la menor duda. Tampoco puede haberla en el sentido de que los últimos no representaban la menor esperanza para los trabajadores. Tal vez se podría sintetizar esta situación diciendo que el peronismo –una coalición de fuerzas marginales al establishment de la sociedad argentina: la burguesía industrial, el ejército y la Iglesia, apoyadas sobre la impetuosa movilización popular desencadenada en las jornadas de octubre de 1945– jamás tuvo entre sus planes llevar adelante una revolución social pero que, precisamente para evitar este desenlace, se adentró por un camino de cautelosas y parciales reformas concebidas, tal como lo recordaba el propio Juan D. Perón en su célebre discurso en la Cámara de Comercio, como un efectivo sucedáneo de la primera. Sin embargo, más allá de sus intenciones, lo cierto fue que con esa estrategia preventiva el peronismo legitimó demandas y reivindicaciones populares que habían sido sistemáticamente desoídas –o violentamente reprimidas, como lo hiciera el propio Yrigoyen contra los obreros de la metalúrgica Vasena o los peones rurales de la Patagonia– por los gobiernos que le habían precedido. Es preciso recordar que en los orígenes del peronismo se encuentra la crisis orgánica del estado burgués en la Argentina, y que en esa situación de "empate social" –tantas veces referido en la literatura marxista– las clases populares pueden encontrarse ante algunas coyunturas que posibilitan el fortalecimiento de algunos de sus intereses más importantes. Aquí cabría retomar la clásica distinción gramsciana entre cesarismos "progresivos" y "regresivos" y preguntarse acerca de la categorización que sería más adecuada para dar cuenta de las distintas fases en la evolución del peronismo. No cabe duda que la del 1946-1950 es bien distinta de la fase que se inicia a partir de esta última fecha, cuando el régimen se alinea incondicionalmente con las políticas del FMI y, poco después, recibe a Milton Eisenhower, representante personal del presidente de Estados Unidos y le confiere las más altas condecoraciones del estado y del partido. Esta diferencia entre los dos períodos del peronismo, 1946-1949 y 1950-1955, dicho sea al pasar, no sólo se verifica en lo que ocurre en las "alturas del estado", las políticas que promueve y las alianzas que redefine, sino también en lo que acontece a nivel de las clases populares, su desencanto, posterior desmovilización y total pérdida de protagonismo.

Unas palabras apenas para referirnos a los gobiernos que dirigieron los destinos de este país después de la caída del peronismo en 1955. Desde el punto de vista que aquí nos interesa, a saber: la formación de una arraigada identidad peronista en la clase trabajadora, es evidente que ninguno de los gobiernos que le sucedió –ninguno en un período de más de cuarenta años!– demostró poseer el menor interés en producir una política destinada a mejorar las condiciones materiales y morales de las masas trabajadoras. O, si lo tuvo, evidenció una incompetencia impresionante para traducir en resultados esas buenas intenciones. Si la Argentina hubiera tenido gobiernos mínimamente progresistas y eficaces, el peronismo habría sido olvidado. No se trata de un fenómeno metafísico sino de un producto social, transitorio como todos, y que sólo sobrevive como testimonio de la maldad o incompetencia de quienes le sucedieron en el gobierno.

La encrucijada del '45

Si los dos conjuntos de factores señalados más arriba: las discontinuidades en la conformación de la clase obrera y la obra gubernativa del peronismo, fueron importantes a la hora de plasmar lo que hemos denominado "la excepcionalidad argentina", no menos significativos desde el punto de vista de la izquierda fueron los traumáticos "hechos de masas" de la coyuntura de 1945 y la forma como aquélla quedó posicionada luego de la misma.

En efecto, no hubo país en toda Latinoamérica en donde la coyuntura del final de la Segunda Guerra Mundial tuviese un impacto tan fuerte sobre la política local como en la Argentina. No sólo eso: ni siquiera en los pequeños países de Centroamérica y el Caribe, en donde la presencia norteamericana fue desde siempre desembozada, tuvo la Embajada de Estados Unidos un papel tan decisivo como el que desempeñara en la Argentina en el año 1945. ¿A qué se debía esta circunstancia? En principio, a un hecho que todavía hoy pesa como una sospecha interminable sobre el peronismo: la vinculación entre la dirigencia de este movimiento y los regímenes fascistas europeos, en especial el de la Alemania nazi. Entiéndase bien, para evitar una discusión absurda: no estamos postulando sibilinaamente que el peronismo fue un "fascismo criollo". Esa hipótesis no la sostiene ya ningún estudioso serio de los procesos políticos argentinos. Pero es igualmente indiscutible que el peronismo, como todo movimiento de masas complejo y multifacético, tenía (¡y tiene aún hoy!) una extrema heterogeneidad que hacía posible encontrar en su seno a decididos partidarios del Eje tanto como a otros que lo eran de la Unión Soviética. Si José Ber Gelbard era la figura más significativa de los segundos, había muchos que soñaban con la Tercera Guerra Mundial y la revancha de Hitler. Recuérdese que mientras Getulio Vargas envió tropas brasileñas a pelear en Europa junto a los Aliados, la Argentina sólo abandonó su sospechosa "neutralidad" y declaró la guerra a Alemania cuando las tropas soviéticas estaban entrando a Berlín. Aún hoy, a más de medio siglo de la derrota del fascismo en Europa, el tema de la conexión entre los jerarcas nazis y el gobierno peronista sigue estando a la orden del día. Medio siglo atrás, esta vinculación era una verdadera obsesión para los funcionarios del Departamento de Estado.

Dado este contexto, y las indisimuladas simpatías que muchos sectores del Ejército y la Iglesia sentían por el nazismo alemán, era muy altamente probable que se reprodujera en la política argentina la coalición de los Aliados que había derrotado a los fascistas en Europa. Si bien gracias a la perspectiva y la serenidad que otorga el transcurrir de medio siglo es posible concluir que la apuesta de la izquierda, prácticamente sin excepciones, fue desastrosa, es preciso reconocer que dentro de aquella coyuntura tan particular las cosas distaban mucho de verse tan claras como las vemos hoy. Es más: alianzas políticas de ese tipo proliferaron en toda América Latina entre los años 1945 y los comienzos de la Guerra Fría en 1947. Sin ir más lejos, en Chile los partidos de izquierda, incluyendo al Partido Comunista, se unieron en 1946 en una alianza con radicales, los liberales democráticos y los socialistas para elevar la candidatura triunfante de Gabriel González Videla, el mismo que en 1948 promovería la ilegalización de los comunistas y su confinamiento en las regiones más remotas del país. González Videla, merecedor de un letal poema titulado "Gabriel, el traidor" escrito por un distinguido ex integrante de esa alianza, Pablo Neruda, obedecía de ese modo al giro derechista del gobierno norteamericano ante el inicio de la Guerra Fría. Versiones más atenuadas de este endurecimiento se experimentaron también en Europa.

El traslado mecánico de las alianzas internacionales gestadas durante la Segunda Guerra Mundial al campo de la política doméstica fue desastroso para la izquierda argentina. Fuertemente atacada durante los años de la Década Infame, su propia debilidad la inhabilitaba para ofrecer una alternativa propia y distinta a la de la Unión Democrática. Por la historia reciente, le resultaba prácticamente impensable apearse de una alianza que en tierras europeas había derrotado la reacción, garantizado la supervivencia del joven estado soviético, y potenciado la participación de las fuerzas populares y de izquierda en todo el continente. Además, frente a sí tenía el enigma amenazante de un movimiento como el peronista que, si bien por su base social era genuinamente proletario, despertaba una serie interminable de interrogantes cuando se examinaba más de cerca la composición de su núcleo dirigente, que se aproximaba en buen grado a aquella caracterización de "élite de forajidos" que Harold Lasky

había utilizado para tipificar a los partidos fascistas europeos. Si a esto le sumamos el lastre que significaba, la completa subordinación del Partido Comunista a los dictados de la Unión Soviética, el peso de una visión dogmática acerca del desarrollo del capitalismo argentino; la falta de flexibilidad para captar nuevas realidades que "no estaban en los libros"; o la tendencia de los espíritus indolentes a pensar que todas las historias son simples repeticiones de una historia canónica y canonizada (¡de ahí que muchos en la izquierda del '45 equipararan burdamente el 17 de Octubre con la Marcha sobre Roma de Mussolini en 1922!), se comprenderá las dificultades que se interponían ante la elaboración de una correcta estrategia de la izquierda de cara a la coyuntura de la posguerra.

En todo caso, a los ojos de un analista no deja de ser sintomática la reiteración de este "desencuentro" de las fuerzas de izquierda con las masas populares. Un anticipo de lo que ocurriría en 1945 se pudo apreciar durante los sucesos que culminaron en el golpe de estado del 6 de Septiembre de 1930, cuando numerosos sectores de la izquierda, principalmente los socialistas, participaron entusiastamente en la creación de un "clima de opinión" tendiente a lograr la rápida destitución de Hipólito Yrigoyen, pese a que los golpistas eran dirigidos por un general que había proclamado abiertamente su admiración por el régimen de Benito Mussolini. Igualmente llamativas fueron las manifestaciones callejeras de apoyo al golpe de estado de 1930 organizadas por los estudiantes universitarios, precursoras de aquella otra tremenda hendidura social y política que se produciría en los aciagos días del '45: "¡libros sí, alpargatas no!". Lejos, más lejos en la historia, se encuentra tal vez el desencuentro primigenio sintetizado en la dicotomía "civilización o barbarie" a que tan afecto fuera Sarmiento.

El desencuentro de la izquierda con el yrigoyenismo como movimiento popular –y cuya base plebeya era despectivamente calificada como "la chusma" por los perros guardianes de la oligarquía– descansaba sobre una apreciación equivocada tanto de la figura de su líder, permanentemente homologado a Juan Manuel de Rosas, como del significado histórico del yrigoyenismo como emergente de las prolongadas luchas populares en contra del régimen oligárquico. Claro está que las contradicciones del yrigoyenismo facilitaron considerablemente esta caracterización, habida cuenta de la salvaje represión ordenada en enero de 1919 contra los trabajadores de Buenos Aires –durante la llamada Semana Trágica– y pocos años después contra los trabajadores rurales de la Patagonia, en 1922, políticas éstas tanto más censurables e incomprensibles en la medida en que se originaron en un gobierno que había ascendido al poder como resultado de una formidable movilización popular. Quince años más tarde el mismo error se volvería a cometer, esta vez de modo mucho más burdo y con consecuencias muchísimo más graves que las que tuviera en la ocasión anterior. Los resultados, a largo plazo, habrían de ser una prolongada escisión entre izquierda y movimiento popular. O, empleando una metáfora médica, éste fue "vacunado" contra toda futura influencia de la primera, y más de medio siglo después la inmunización sigue siendo efectiva. Nótese, al examinar esta cuestión, que la izquierda en su totalidad –como fuerza política, lo que no excluye algunas notables y muy aisladas excepciones individuales– se equivocó frente a los dos más grandes movimientos populares que tuvo la Argentina a lo largo de todo el siglo XX. Estos surgieron de grandes jornadas de movilización y lucha, en donde los antagonismos sociales se tensaron casi hasta los extremos de una situación revolucionaria: la "revolución de 1890", que dio origen al radicalismo, y los acontecimientos de Octubre de 1945, ese "momento de vida intensamente colectiva", como diría Gramsci, que alumbrara al peronismo. Sin embargo, en ambos casos la izquierda argentina tropezó con obstáculos que le impidieron adoptar una política apropiada para las circunstancias y que no la excluyera del escenario popular en las décadas venideras.

La reestructuración neoliberal del capitalismo argentino y los desafíos que plantea a la izquierda

El cuadro anteriormente descrito se complica aún más si tenemos en cuenta los alcances del profundo proceso de reestructuración que, bajo la hegemonía del neoliberalismo, ha tenido lugar en la economía argentina desde mediados de la década de los setenta. Es preciso tomar en cuenta lo que esto significa: más de veinte años de políticas encaminadas a desvalorizar la fuerza de trabajo, desactivar su potencial de resistencia, dismantelar sus estructuras organizativas y, en el paroxismo de este proceso, bajo el gobierno de Menem, pulverizar sus formas más elementales de organización e integración social. El deterioro social de las clases y

capas populares ha llegado a tales extremos que una de las iglesias más conservadoras del continente, como la Argentina, ha ido paulatinamente radicalizando su postura crítica frente a las políticas neoliberales como consecuencia de la perversa "eutanasia de los pobres" que éstas ponen en práctica y que golpean ferozmente las capas más humildes de su feligresía. Es importante tomar en cuenta que en un país tan afectado por las discontinuidades y la inestabilidad de sus políticas públicas, el neoliberalismo ha permanecido como su inmovible principio rector desde las postrimerías del gobierno de Isabel Perón, en 1975, hasta la fecha. Es cierto: hubo pequeños intervalos en los cuales su hegemonía se vio amenazada, pero nunca se llegó por completo a revertir la inercia que traían sus políticas. El interregno de Bernardo Grinspun al frente del Ministerio de Economía, en el primer tramo del gobierno de Raúl Alfonsín, es uno de tales períodos. El otro fue el que le sucedió: la primera fase del plan Austral, un plan "heterodoxo" para los ideólogos del neoliberalismo pero de ninguna manera antitético con éste. Pero ya a partir de 1987, con el agotamiento del Austral, la reafirmación de los principios neoliberales en la formulación de la política económica argentina sería irresistible. Esta notable continuidad de las políticas económicas ha sido notada con beneplácito por el "superministro" de Economía del régimen militar, José Alfredo Martínez de Hoz, en un libro pletórico de revelaciones. En su obra, el ex ministro de la dictadura hace un doble e importante reconocimiento: (a) que la reestructuración neoliberal que diseñara y anunciara a la sociedad argentina en su célebre mensaje del 2 de abril de 1976 no pudo ser concluida durante su gestión ministerial, pese a los "avances" registrados en el terreno de la liberalización financiera y la apertura comercial; (b) no obstante la transitoria interrupción de su experimento, su propuesta refundacional del capitalismo argentino fue llevada hasta sus últimas consecuencias por el gobierno de Carlos S. Menem y su ministro de Economía Domingo F. Cavallo (Martínez de Hoz, 1991, pp. 8-9). Ahora bien, desde el punto de vista de las clases y sectores populares y teniendo a la vista las perspectivas de la izquierda: ¿cuáles fueron las consecuencias de estos veinte años de políticas neoliberales?

Desindustrialización e intensificación de la tasa de explotación de los trabajadores

Una de las consecuencias más importantes de la hegemonía neoliberal en la política argentina ha sido la acelerada desindustrialización de la Argentina. La industria manufacturera, que en los albores del peronismo, en 1947, ocupaba al 23,9% de la población económicamente activa y que en 1960 alcanzó su apogeo, absorbiendo al 26,1% de la fuerza laboral del país, cae hasta el 19,9% en 1980 y se precipita aún más, hasta el 15,5% en 1990, es decir, antes de que las políticas neoliberales fuesen aplicadas en su integralidad y "sin anestesia" (INDEC, Censos Nacionales, varios años). Si se recuerda todo lo que ocurrió después, principalmente: (a) la violenta e indiscriminada apertura externa de la economía, seguida por la bancarrota de numerosas empresas vinculadas a la industria manufacturera; y (b), la privatización de casi todas las empresas públicas, con sus secuelas de "redimensionamientos" y "reestructuraciones" cuyo común denominador fueron los despidos masivos, entonces no sería demasiado aventurado estimar que la proporción de la fuerza de trabajo de este sector fluctúe, ya en las postrimerías de la década de los noventa, en torno al 10%, ¡una cifra que este país había superado desde la época de la Primera Guerra Mundial!

El vertiginoso ascenso de las cifras del desempleo habla con irrefutable elocuencia de los efectos disgregadores de las políticas neoliberales sobre la estructura social. La Argentina, que se enorgullecía de su centenaria tradición de pleno empleo y, a consecuencia de esto, de ser un país receptor de mano de obra extranjera (de Europa y, en menor medida, de Medio Oriente hasta la Gran Depresión; de los países limítrofes a partir de la finalización de la Segunda Guerra Mundial) se convierte en la década de los ochenta en un país en donde el problema del desempleo adquiere una virulencia inusitada. Una comparación, que ahorra mayores comentarios será más que suficiente: la tasa de desempleo urbano de los años 1995 y 1996 giró en torno al 18% de la población económicamente activa, esto es, ¡casi seis veces por encima del promedio histórico del período 1900-1980! Y, en los capitalismos periféricos, el que no trabaja no come. Así de sencillo. No existen en la Argentina, al igual que en el resto de la América Latina, las redes de seguridad social que se encuentran en Europa, en donde los intentos del neoliberalismo tropezaron con una enconada resistencia popular. Los resultados: un desocupado en un país como Francia, por ejemplo, cobra mensualmente por concepto de seguro de desempleo una cifra equivalente a unos seiscientos dólares mensuales, superior a

los ingresos que percibe el 80% de la población económicamente activa de América Latina. Las cifras relativas a los cambios en la composición ocupacional del "universo asalariado" y los niveles de desempleo hablan de una sociedad sometida a inéditas tensiones y conflictos, y en la cual viejos modos de organización social así como arraigadas expectativas y aspiraciones fueron sometidas a la así llamada "destrucción creativa" de las fuerzas del mercado. Claro que, tal como siempre lo recordaba Agustín Cueva, si el capitalismo latinoamericano fue pródigo en instancias y ejemplos de destrucción –desde la expropiación y aniquilación de setenta millones de aborígenes en tierras americanas hasta las bancarrotas de las pequeñas y medianas empresas, en los últimos años– sus virtudes creativas han sido mucho más misteriosas, para decirlo con inmerecida benevolencia.

Las implicaciones sociológicas de esta destructiva tarea llevada a cabo por los "talibanes del neoliberalismo" han sido bien claras: dramática reducción del empleo industrial y su parcial sustitución por actividades en la llamada "economía informal", invariablemente mal remuneradas, sin estabilidad y ninguna de las coberturas que la legislación laboral aseguraba a los trabajadores en el pasado. En términos de la teoría económica marxista a escala planetaria se verificó una brutal intensificación de la tasa general de explotación de los trabajadores por la doble vía del aumento en el proceso de extracción de plusvalía relativa (entre quienes conservaron su empleo en la industria y fueron sometidos a nuevos procesos productivos) y absoluta (intensificando la jornada de trabajo de quienes cayeron al pantano de la economía informal). Para apreciar la magnitud de este truculento retorno a la plusvalía absoluta como estrategia de acumulación de vastos sectores del capital basta traer a cuento lo siguiente: una de las mayores autoridades mundiales en el estudio de las sociedades esclavistas, Robin Blackburn, ha planteado recientemente que hoy existen en el mundo más niños trabajando en el sector informal de la economía –y sometidos por eso mismo a condiciones propias de un régimen primitivo de superexplotación– que esclavos durante el apogeo de la esclavitud en el siglo xviii (El Nuevo Día, 1998: p. 67). Las estimaciones que manejan la oit, la unicef, la unesco y algunas organizaciones no gubernamentales que monitorean este proceso ubican las dimensiones cuantitativas de este fenómeno en el orden de los 250 a 300 millones de niños, un dato que por sí sólo condena irremediabilmente al régimen social que lo produce. En la Argentina, como sabemos, el fenómeno de los "chicos de la calle" y el trabajo infantil ha adquirido proporciones alarmantes.

La precarización y la destrucción del empleo empeoraron las condiciones de vida de los sectores populares, acrecentaron sus ya de por sí exiguos márgenes de seguridad y bienestar, erosionaron dramáticamente la estabilidad y la calidad de la vida familiar y de su entorno urbano inmediato y, por último, debilitaron extraordinariamente –en los casos en que lograron sobrevivir– sus organizaciones sociales y sindicales. En el caso argentino este proceso ha sido notable, en buena medida porque este país se caracterizaba, ya desde las primeras décadas del siglo, por la vitalidad de su "asociacionismo", sobre todo entre las clases y capas populares. Estas tendencias se vieron reforzadas con la gran expansión del sindicalismo en los años del primer peronismo y luego por el ascenso de las luchas sociales en los años sesenta y la primera mitad de los setenta. Sin embargo, gran parte de esas organizaciones son hoy apenas una sombra de lo que fueran una vez. La práctica desaparición del sindicalismo tradicional –víctima antes que nada de la escandalosa corrupción de sus grupos dirigentes y de la inoperancia de sus estrategias "defensivas"– introduce un dato nuevo de enorme significación en el paisaje social y político de la Argentina que viene a sumarse a la obra socialmente regresiva de la reestructuración capitalista actualmente en curso.

En todo caso, es necesario tener la precaución de evitar caer en una visión apocalíptica que al concentrarse en la desaparición de las viejas formas de organización sindical –cuya utilidad para un proyecto emancipador de los trabajadores era nula– culmine en la desmoralización y la desesperanza. Al igual que en otras partes de América Latina existen en la Argentina serios indicios de que comienzan a surgir, al menos en algunos sectores y en ciertas regiones del país, estructuras de reemplazo que vienen a ocupar parcialmente el vacío dejado por la quiebra del sindicalismo tradicional. Desde la emergencia de la contestataria Central de Trabajadores Argentinos hasta la Corriente Combativa Clasista, pasando por los "fogoneros" y "piqueteros" de distintas partes del país, hay evidencias de este proceso –lento e incierto, pero existente– de reconstrucción organizativa desde abajo.

Claro que, a diferencia del Brasil, un país que pese al reflujo de los últimos años experimentó un acelerado proceso de industrialización desde los años sesenta (precisamente cuando la Argentina comenzaba a dar las primeras señales del agotamiento de su impulso industrial) las nuevas formas emergentes en la Argentina tienen más que ver con la sustitución de estructuras obsoletas sindicales que con la creación de otras nuevas para atender a un expansivo proletariado fabril. Pero, en todo caso, la productividad de aquellas formaciones no debería ser subestimada. Claro que, esto implica plantearse una mirada al mediano plazo. Para el corto plazo la probabilidad de que estas estructuras emergentes puedan asegurar un cierto nivel de bienestar para los sectores populares es sumamente baja. Especialmente, si se las compara con la eficacia que tenía el sindicalismo tradicional en vías de extinción (como, por ejemplo, la célebre Unión Obrera Metalúrgica) para garantizar un cierto nivel de remuneraciones y prestaciones sociales para sus afiliados. Esta debilidad explica, aparte de otros factores que sería largo analizar aquí, el activismo de la Iglesia Católica en defensa de ciertas reivindicaciones de los trabajadores. Es que, sencillamente, sus organizaciones tradicionales desaparecieron de la escena del conflicto social dejando tras de sí una estela de escándalos y una población trabajadora completamente desamparada.

Pobreza y desestructuración social

Otra consecuencia de la aplicación de las políticas neoliberales en la Argentina ha sido el vertiginoso aumento de la pobreza. En nuestro país este tema poco tiene que ver con la profundización y extensión de la pobreza tradicional, a veces mal denominada "estructural", como si la nueva pobreza que aflige a un país como la Argentina careciera de anclajes estructurales. En todo caso, aquélla nunca tuvo excesiva gravitación en la Argentina porque nuestro desarrollo capitalista no se asentó —a diferencia de lo acontecido en países como Brasil o México— sobre la presencia de una enorme masa campesina e indígena que con el advenimiento de las relaciones burguesas de producción habrían de originar los bolsones de pobreza que secularmente han caracterizado a aquellos países. La singularidad del itinerario histórico del capitalismo argentino, a saber: una extensa y altamente productiva base agraria carente de campesinos —salvo en las regiones más marginales y aún así en pequeñas proporciones— hizo que el proceso de empobrecimiento desencadenado desde mediados de los años setenta tuviera como uno de sus rasgos más sobresalientes el surgimiento de un fenómeno novedoso, los "nuevos pobres", procedentes de la descomposición y/o pauperización de las viejas capas medias o, en ciertos casos, de los estratos decadentes del antiguo proletariado urbano. Como asegura un experto: "no se trata de una pobreza heredada, sino adquirida o mejor dicho a la que se han visto empujados por el proceso de crisis, estabilización y ajuste" (Minujin, 1991, p. 1).

Tal como lo hemos señalado en otros trabajos, la Argentina constituye un caso bastante especial dentro del marco latinoamericano tanto por la rapidez con que se produjo la inmisericordia de grandes sectores de nuestra sociedad como por la profundidad del impacto que dicho proceso tuvo sobre la estructura social en su conjunto (Boron, 1995 [a]). Veamos algunas cifras generales. A principios de la década del ochenta el 27,7% de la población total se hallaba por debajo de la línea de pobreza, lo que equivalía a poco más de siete millones y medio de personas. Pocos años después, pero antes de los estallidos hiperinflacionarios de 1989 y 1990, esta cifra había ascendido a unos 9 millones de personas y comprendiendo a cerca de un tercio de los hogares. Algunas estimaciones efectuadas en 1990 señalaban que, en ese año y en las postrimerías del segundo episodio hiperinflacionario había casi 15 millones de personas viviendo bajo la línea de la pobreza en la Argentina, o el 47,2% del total de la población del país. Si bien estas cifras pueden ser motivo de debate a la hora de evaluar con total precisión los alcances estrictos del fenómeno de la pobreza (vgr., debido a los efectos devastadores pero transitorios de la hiperinflación), las tendencias generales del fenómeno se encuentran fidedignamente retratadas. Basta con recordar que, en 1974, sólo un 3% de los hogares se encontraba por debajo de la línea de pobreza; en 1988, a menos de quince años, ¡estos hogares habían trepado a una proporción que oscilaba entre el 22% y el 29%! A mediados de 1999 diversos indicadores señalaban que el nivel de la pobreza era semejante al que existía al comienzo de la Convertibilidad —abril de 1991— régimen que según su autor intelectual, el ministro Domingo F. Cavallo, y su ejecutor político, el presidente Carlos S. Menem, permitiría resolver el problema de la pobreza en la Argentina (Beccaria, 1991, p. 334;

Beccaria y Minujin, 1991; Douhat, 1991, pp. 106-111; Grana, 1990, p. 13).

Como vimos más arriba, los dos episodios hiperinflacionarios (mayo-julio de 1989 y febrero-abril de 1990) dispararon la proporción de personas que se hallaban por debajo de la línea de pobreza a las cercanías del 50%. Si bien una cifra que llegara a niveles tan exorbitantes no se podía mantener por mucho tiempo, puesto que reflejaba más que nada el fenomenal abismo abierto entre los precios y los salarios en el momento de la hiperinflación, lo cierto es que al desaparecer ésta sus secuelas se hicieron sentir por mucho tiempo y el regreso a los niveles prehiperinflacionarios de pobreza demostró ser imposible. Los inflexibles y cruentos programas ortodoxos de ajuste y estabilización ensayados a continuación detuvieron la espiral inflacionaria pero acentuaron aún más las tendencias excluyentes y pauperizadoras del modelo neoliberal. La evidencia era tan abrumadora que en Septiembre de 1992, el ministro de Acción Social de la Nación Julio César Aráoz admitió en unas declaraciones ante la prensa que aproximadamente un tercio de la población argentina era pobre (Clarín, 1992: p. 5). Ante la inexistencia de políticas compensatorias dirigidas a combatir a la pobreza —¡en lugar de declarar la guerra a los pobres, como observara Noam Chomsky!— la aceleración en el ritmo de quiebras y cierres de firmas de todo tipo, el aumento de la desocupación y el congelamiento salarial en el sector público y los rezagos de las remuneraciones en el ámbito privado es evidente que no hay demasiadas razones para esperar que las tendencias observadas en la evolución de la pobreza puedan experimentar una mejoría significativa. Como veremos a continuación, los últimos datos disponibles ratifican esta sospecha.

Tratemos ahora de sintetizar estas diversas observaciones. Por una parte se comprueba que las transformaciones experimentadas por la estructura de clases del capitalismo argentino denuncian la presencia de un acelerado proceso de concentración y enriquecimiento absoluto en su cúpula burguesa. Entre el lanzamiento del Plan de Convertibilidad (1991) y el año 2000, a poco de asumir el gobierno de la Alianza, la ratio entre los ingresos del decil más rico y el más pobre de la Argentina se catapultó de 15 a 25 veces, poniendo de manifiesto la fenomenal radicalidad del impacto regresivo de las políticas neoliberales que aún hoy siguen en vigencia. Es decir que no estamos ante un fenómeno de mera acentuación de tendencias sino ante una mutación bastante radical en el perfil mismo de la estructura de clases: en poco más de tres lustros la desigualdad social existente en la Argentina se duplicó y esto no es una mera cuestión transitoria ni referida exclusivamente a la estructura de distribución del ingreso. A esto se refieren muchos analistas y comentaristas cuando hablan de la "latinoamericanización" de la estructura de clases de la Argentina: se afirma la presencia de una elite burguesa, más reducida que nunca, que detenta un volumen de riqueza fenomenal, y por debajo una población cada vez más pauperizadas.

En segundo lugar observamos que en los sectores medios se produce un impetuoso proceso de inmiseración relativa merced al cual un vasto contingente social ha visto deteriorarse significativamente tanto sus ingresos como sus condiciones materiales de existencia, resignando consumos a los cuales estaban tradicionalmente habituados y redefiniendo "hacia abajo" las expectativas y aspiraciones que les habían sido inculcadas en el pasado. No se trata, como se escucha con harta frecuencia, de que "la clase media ha desaparecido". La situación es mucho más compleja que eso: una fracción, decididamente minoritaria, logró sobrevivir a la reorganización salvaje del capitalismo insertándose en la dinámica excluyente del modelo como apéndice técnico, gerencial o profesional adscripto a —o dependiente de— los negocios del sector más concentrado de la economía. Pero la gran masa de los sectores medios careció de oportunidades y se pauperizó. En una sociedad que ha perdido casi un 40% de sus ingresos en la década de los ochenta, "los empleados públicos perdieron un 41%, los cuentapropistas un 45% y los trabajadores de la construcción un 49%" (Minujin y Kessler, 1995: pp. 21-22).

Por último, y ya en el fondo de la pirámide social, nos encontramos con un abigarrado conglomerado de clases y capas populares de precaria —o ninguna— inserción en el mercado laboral que, en palabras de una estudiosa del tema, puede caracterizarse como "una clase obrera numéricamente decreciente en curso de pauperización absoluta" (Torrado, 1994, pp. 452-453). Si ya a principios de la década de 1980 la estructura de clases mostraba fuertes signos de segmentación e inequidad social y regional, lo ocurrido a partir de esa fecha no hizo sino profundizar estas tendencias. Las consecuencias: pobreza extrema, desempleo de masas,

salarios insuficientes para los que sí tienen una ocupación, desprotección social, deterioro del hábitat, represión policial, criminalidad y el flagelo del tráfico de drogas parecerían ser sus rasgos más definitorios en una coyuntura como la actual. El neoliberalismo ha puesto en marcha una verdadera "eutanasia de los pobres" y la está ejecutando con impresionante meticulosidad. Lo que Pierre Bourdieu planteó para el caso francés tiene aún más vigencia en el argentino: un tránsito acelerado "del Estado social al Estado penal".

Empeñado en esta tarea, el proyecto de reestructuración capitalista no sólo ha empobrecido a la abrumadora mayoría de nuestras sociedades sino que, no conforme con eso, sus políticas debilitaron radicalmente los delicados mecanismos de integración social. En un proceso aluvional, las viejas identidades sociales entraron en crisis —en efecto, ¿qué significa hoy, en la Argentina, ser "obrero", o "clase media"?— al igual que los tejidos y las redes de solidaridad social de carácter local u ocupacional, destruidas por la atomización y pulverización inducidas por el nuevo paradigma productivo, el deterioro salarial, el desempleo crónico y la crisis de las organizaciones que antaño defendían los intereses de las clases y capas populares. El "individualismo salvaje" tan exaltado por los ideólogos del neoliberalismo es, en las alturas de la sociedad, la coartada que reclama la burguesía para dar rienda suelta a lo que en la jerga empresarial se denomina como sus killing instincts, es decir, su búsqueda implacable de lucro al margen de toda consideración ética. Pero, hacia abajo, en el universo popular, ese mismo individualismo es la respuesta desesperada de quien se encuentra acorralado, privado de una representación colectiva, carente de apoyos solidarios, traicionado por sus dirigentes y abandonado a sus propias fuerzas y que contempla con rabia y desilusión el paisaje del derrumbe que lo rodea. Ante este panorama las víctimas del neoliberalismo tropiezan con una izquierda que sólo atina a prometerles las certezas reconfortantes de una revolución que, según sus voceros, estaría a la vuelta de la esquina. Para los hombres y mujeres concretos, en términos prácticos la sociedad ha cesado de existir: las estructuras a las que se hallaban integrados colapsaron. Fue de la cual formaban parte se han desintegrado. Fue tan sólo una amarga ilusión, dice el discurso oficial, disipada por el "realismo" del neoliberalismo que hizo que se acabara la fiesta mediante la premeditada desorganización y atomización del campo popular. Aquello, lo del pasado, fue un festival populista ineluctablemente destinado a naufragar, y ahora se está pagando el precio de tan imperdonable extravagancia. La realidad, la "única realidad" es el mercado, con su férrea disciplina y con su infalible mecanismo darwiniano de selección de los más aptos. Por eso, ahora en su lugar impera el "sálvese quien pueda".

Margaret Thatcher lo dijo con total franqueza, cuando los periodistas le preguntaron si ella estaba consciente de las consecuencias de sus políticas sobre la sociedad inglesa, a lo cual la "Dama de Hierro" respondió: "¡la sociedad no existe! Existen los individuos discretos y puntuales, nada más. La sociedad es sólo una abstracción". Las esperanzas de un capitalismo "con rostro humano" demostraron ser apenas una piadosa mentira alumbrada durante los años de la posguerra por el espejismo teórico del keynesianismo, el Estado de Bienestar, la inusitada fortaleza de la izquierda y la inesperada constitución de un grupo de países autoproclamados socialistas. Precisamente por ser una mentira, el reformismo que se insinuó en algunos momentos del siglo XX pudo, al menos en América Latina, ser barrido de la escena y anatemizado como el gran culpable de todos nuestros males. El capitalismo demostró, una vez más, que es incorregible: que sólo se reforma cuando la presión popular es insostenible, o cuando existe una correlación internacional de fuerzas —como la existente desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la caída del Muro de Berlín— que torna inevitable la puesta en práctica de políticas progresistas y democráticas que bajo condiciones normales son consideradas como un estorbo insoportable a la acumulación del capital. Por eso, cuando tales condiciones desaparecieron —sea por el debilitamiento de las organizaciones sindicales, la crisis de los partidos de izquierda, el hundimiento de la Unión Soviética, o todas en su conjunto— el capitalismo retornó a su "normalidad", demostrando en los hechos que es incorregible, que es irreformable y que si hay una utopía perversa en nuestra época es precisamente ésta, la que anuncia la inminente llegada de un capitalismo "con rostro humano".

La izquierda argentina ante el desafío estratégico

A partir de esta radical involución de la estructura social de la Argentina, ¿cómo podría la izquierda plantear una estrategia racional, viable, creíble y potencialmente exitosa de transformación social?

Volviendo a nuestra inicial metáfora hamletiana, el primer paso es reconocer las novedades que presenta el capitalismo finisecular. Es preciso enterrar definitivamente la "tentación panglossiana" tan fuerte en el campo de la izquierda –todo está bien, no hay que revisar nada, no abusemos de la autocrítica– y tener la humildad para reexaminar nuestras convicciones y propuestas a la luz de las muchas enseñanzas que arroja el siglo xx. Si no existe esa disposición inicial todo será en vano. Estaremos hablándole a una sociedad que sólo existe en nuestra imaginación, y el precio a pagar por tamaño disparate será la cómplice inoperancia de nuestras iniciativas. No otra fue la actitud de V. I. Lenin cuando, contrariando los hegemonícos diagnósticos de los narodniki de su tiempo –¡que aseguraban que la singularidad de la formación social rusa tornaba imposible su desarrollo capitalista!– se dio a la tarea de estudiar las transformaciones experimentadas por Rusia en la segunda mitad del siglo xix a los efectos de dejar de lado los viejos diagnósticos de los populistas, envejecidos por la marcha real de la historia, y a partir de ahí elaborar una estrategia realista de transformación socialista. Claro que, en el caso argentino, los narodniki criollos agregan un término más a la ecuación de sus congéneres rusos: no sólo se contentan con decir, a coro con éstos, que "el desarrollo capitalista es imposible" sino que a continuación agregan que "la revolución socialista es inevitable", con lo cual se obtiene una fórmula aún más equivocada y paralizante que la de sus predecesores.

El difícil tránsito de la economía a la política

Los cambios habidos en la sociedad argentina son de tal magnitud que tornan sospechosa –¡y suicida!– toda resistencia a una rigurosa actualización de nuestros diagnósticos. Un ejemplo será suficiente para justificar este saludable "revisionismo". Las elecciones presidenciales de 1995 demostraron, entre otras cosas, que la tradicional relación sesentista entre políticas ortodoxas de ajuste, inmisericordia de las masas y protesta política ya no funciona como lo hiciera en la América Latina de los años cincuenta, sesenta y parte de los setenta. En el pasado era razonable y realista esperar que las víctimas de aquellas políticas respaldasen electoralmente a los partidos o candidatos que levantaban proyectos alternativos, o al menos vagamente reformistas. Sin embargo, en la actualidad esto ya no parece ser así. Al contrario, la profundización de la pobreza parecería operar ahora de un modo impensadamente perverso al favorecer a las fuerzas o coaliciones políticas de inspiración neoliberal. Esto ha venido ocurriendo en distintos países de la región a partir de la segunda mitad de los años ochenta, y muy especialmente en Bolivia, Chile y Ecuador. En fechas más recientes Perú y la Argentina pasaron a engrosar dicha lista. En 1995 Menem obtuvo el 49,9% de los votos, luego de seis años de neoliberalismo salvaje y de haber arrasado una tras otra prácticamente todas las conquistas populares del medio siglo anterior. Pese a ello, en el conurbano bonaerense, donde se encuentra el mayor bolsón de pobreza del país, el PJ aplastó a sus rivales: en La Matanza, Lomas de Zamora, Lanús, Almirante Brown, Esteban Echeverría, Florencio Varela y Merlo – casi todos ellos pertenecientes al depauperado segundo cordón del Gran Buenos Aires– el oficialismo obtuvo más del 60% de los votos, unos 30 puntos en promedio por encima del Frepaso, mientras el radicalismo se sumergía por debajo del 10% y el riquismo prácticamente se esfumaba. El gobierno también triunfó con holgura en los nuevos distritos creados por la legislatura bonaerense en 1994: José C. Paz, Malvinas Argentinas, Ezeiza, Ituzaingó y Hurlingham. En su conjunto, el Gran Buenos Aires aportó casi el 30% de los sufragios emitidos en favor de Menem (Clarín, 1995: pp. 14-15).

Los datos a nivel nacional, si bien no son tan rotundos como los de la provincia de Buenos Aires, muestran un comportamiento bastante parecido que plantea algunas inquietantes preguntas. Por ejemplo, ¿cómo interpretar la sorprendente disyunción entre la lucha social y orientación del voto en provincias que, poco tiempo antes de las elecciones habían sido escenarios de grandes movilizaciones sociales y, en algunos casos, de cruentas represiones gubernamentales? Menem triunfó en la convulsionada La Rioja con el 79% de los votos; en

Santiago del Estero, donde una pueblada incendió la sede de los tres poderes del estado provincial y la residencia del gobernador, con el 63%; en Tierra del Fuego, donde las fuerzas represivas asesinaron a uno de los militantes obreros que manifestaban en contra del gobierno, con el 61%, y en la Jujuy del "Perro Santillán", protagonista de interminables conflictos y movilizaciones populares, con el 47%. ¿Cómo explicarnos, adecuadamente, conductas tan disímiles en el plano de la protesta social y en el terreno de las urnas? ¿Por qué esa discontinuidad tan abrupta entre la lucha social y la lucha electoral? ¿Por qué ese hiato entre la calle y el comicio? Todo lo cual lleva a otra pregunta, aún más preocupante: ¿habrá descubierto el neoliberalismo la alquimia política que le permita asegurar un duradero sustento de masas para sus reaccionarias políticas de recomposición capitalista?

Afortunadamente no es así, como en parte –y sólo en parte– lo demuestran las elecciones legislativas de Octubre de 1997, en donde el oficialismo fue derrotado sin atenuantes en la propia provincia de Buenos Aires. Las reservas se explican por el hecho de que el discurso y las propuestas de la triunfante coalición opositora –la Alianza, formada por la Unión Cívica Radical del ex presidente Raúl Alfonsín y el emergente FREPASO, un agrupamiento de sectores disidentes del peronismo y otras corrientes menores– en poco se distinguen de los del menemismo, salvo en lo tocante a la corrupción y a una nebulosa "transparencia administrativa". La sociedad hizo oír su protesta, pero más allá del recambio de personal, en lo esencial las ideas votadas fueron las mismas. Puede no ocurrir lo mismo en los años venideros.

Para las fuerzas de izquierda es fundamental tratar de entender cuáles han sido los factores que pusieron en crisis la "ecuación sesentista" que desencadenaba la protesta social y la radicalización política como respuesta ante las políticas libremercadistas. Sin ánimo de ser exhaustivos creemos que entre ellos hay que considerar, en primer lugar, al impacto "disciplinador" del terrorismo de estado y su asociación, en el difuso "imaginario social", con las políticas populistas y heterodoxas brevemente ensayadas durante los meses iniciales del segundo gobierno de Juan D. Perón. Huelga señalar que esta respuesta está mediatizada por complejos procesos psicológicos cognitivos y volitivos, y sobre cuya dinámica no es ajena la abrumadora hegemonía del discurso neoliberal en la sociedad argentina. De alguna manera, éste ha logrado crear un nuevo "sentido común" de época, y tal como lo recordaba Antonio Gramsci, cuando esto ocurre las ideologías y las mentalidades adquieren la gravitación de las fuerzas materiales.

Los cambios operados en la conciencia de las clases populares a partir de sucesivas derrotas políticas y de la consolidación de la hegemonía neoliberal tuvieron también otras consecuencias: la despolitización y el forzoso repliegue sobre el individualismo y la esfera de lo privado. A lo anterior es preciso añadir otro impacto "disciplinante": el terrorismo económico suscitado por las memorias traumáticas de la hiperinflación. Sobre esto se monta el fetichismo de la "estabilidad", cuyos efectos desmovilizadores y conservadores son bien conocidos. Más allá de estos factores existen otros que también contribuyen a la desmovilización de las clases y capas populares. El sólido consenso neoliberal que se ha formado en el sistema partidario, en donde tanto el peronismo como la Alianza se disputan la fidelidad al modelo, refuerza la subordinación ideológica de las clases populares, incapaces de percibir algún resquicio que les permita expresarse políticamente. Lo que alcanzan a ver es una "alternancia sin alternativas", cuando precisamente lo que se requiere es la construcción de una alternativa. Alternancia sin alternativas que ya se ha comprobado en el caso chileno y que ahora corre el riesgo de verificarse también en México. En la Argentina una "centroizquierda" adocenada y entregada ideológicamente al pragmatismo neoliberal no aspira a ser más que "la otra mano" que colabore con "la mano invisible" del mercado a continuar con su infausta tarea. En esta misma dirección opera la presión conservadora ejercida por los grandes medios de comunicación de masas, que exaltan continuamente las virtudes del nuevo "sentido común" neoliberal más allá de sus denuncias sobre las fallas puntuales que el modelo muestra en su concreción a manos del menemismo.

Por último, tampoco se puede olvidar el papel que la inmisericordia de la clase trabajadora juega al perpetuar su supeditación al bloque dominante. La casi total indefensión de la misma la convierte en presa fácil de las políticas clientelísticas puestas en práctica por los gobiernos provinciales y el propio gobierno nacional. Cuando la pobreza llega a ciertos extremos el

recurso implícito de la venta del voto se convierte en una estrategia más de supervivencia, mediante la cual quienes se están "cayendo fuera de la sociedad", para utilizar la aguda expresión del recordado Darcy Ribeiro, no tienen más remedio que apoyar a los gobiernos de turno si no quieren ver interrumpido el incierto y precario pero esencial flujo asistencialista que aquellos le suministran. ¿Por qué no pensar que las políticas neoliberales no sólo persiguen como objetivo concentrar riqueza y rentas en manos de la burguesía sino también fomentar la dependencia y subordinación política de clases populares pauperizadas, a los efectos de tornar inofensivas las consecuencias de su ciudadanía política?

La urgencia y necesidad de una discusión estratégica

En la coyuntura actual la izquierda se enfrenta a un serio dilema estratégico: el neoliberalismo ha tensionado hasta sus extremos la intensidad de la explotación capitalista, y la revolución es más necesaria que nunca. Sin embargo, es en esta coyuntura cuando las masas parecen menos dispuestas que nunca a acompañar una propuesta de transformación revolucionaria de la sociedad burguesa. Si antes apoyaban con su voto y su militancia a los partidos que se proponían superar el actual estado de cosas, hoy, después de la derrota de los años setenta y los años ochenta (la pérdida combinación de "thatcherismo" con la "tercera vía" de Tony Blair), los trabajadores "parecen" resignados a su suerte y allanados a sustituir la revolución por la democracia capitalista. Se trata de una apariencia un tanto engañosa, de ahí el entrecomillado; pero revela una disposición de ánimo que si bien es transitoria puede tener una duración excesiva al considerársela en el estrecho horizonte de nuestras biografías o de las historias de determinadas fuerzas políticas.

En todo caso, la experiencia argentina demuestra que si las masas no se internaron por el camino de la revolución no fue precisamente por la ausencia de propuestas orientadas en esa dirección. Una ojeada superficial al archipiélago electoral de la izquierda revela la exuberancia de la "oferta revolucionaria" de estos últimos años, y ante la cual la respuesta de las clases trabajadoras fue de una benigna indiferencia. Numerosos grupos políticos, cuyas identidades se fundaban más en el "narcisismo de las pequeñas diferencias" agudamente observado por Freud que en propuestas doctrinarias u organizativas concretas, se ofrecían al electorado popular. Entiéndase bien: esto no quiere decir que no hubiera habido reacción alguna pero, si la hubo, no se tradujo en el plano electoral o político. Desde el 30 de octubre de 1983 hasta nuestros días se observa una llamativa disparidad entre la riqueza y variedad de propuestas radicalizadas y la apática respuesta del electorado popular. Esto ha significado un rotundo desmentido a los grupos que, desoyendo el sabio consejo de Friedrich Engels, "hicieron de la impaciencia su argumento teórico". Entre nosotros esa postura aparece legitimada a partir de la absurda acusación, intercambiada con frecuencia entre grupos del campo de la izquierda: si la revolución todavía no se ha producido esto se debe a la "traición" de la dirigencia. Va de suyo que esto constituye un argumento antimarxista por excelencia, ya que asume que las revoluciones se producen al margen de las condiciones objetivas que, en determinados momentos de la historia, las tornan inevitables. En resumen, los efectos perniciosos de una mala sociología que supone apriorísticamente que hay masas disponibles e impacientes por el pronto estallido de la revolución y que se ven sistemáticamente defraudadas por la infame capitulación de su liderazgo.

Si existieron propuestas radicales de izquierda, y si éstas no fueron apropiadas por las clases populares, ¿qué fue lo que ocurrió? Precisamente, eso fue lo que tratamos de examinar en las páginas precedentes: tanto los legados históricos como las transformaciones estructurales del capitalismo argentino actuaron en una dirección que para nada favoreció la maduración de las condiciones objetivas requeridas por un proceso revolucionario. Contrariamente a lo que suele pensarse, éste suele irrumpir en la historia con una fuerza y rapidez tan grandes que toma por sorpresa a los mismos profetas de la revolución. Sin embargo, lo anterior no significa que las revoluciones surjan de la noche a la mañana o como producto de fortuitas combinaciones de circunstancias. Por el contrario, ellas se incuban en la lucha cotidiana, en la resistencia permanente contra todas las formas de opresión y explotación. En una palabra, en luchas que muy a menudo la izquierda revolucionaria argentina y latinoamericana fulmina con la etiqueta de "reformistas". Uno de los principales líderes del Movimiento Sem Terra, João Pedro Stedile, reiteradamente se ha referido al nexo dialéctico existente entre la reforma y la revolución. Según Stedile es imposible siquiera soñar con la segunda si no se logra avanzar en el camino

de las reformas. Es más: según su análisis, una de las condiciones que hizo posible el triunfo de la revolución en Rusia, en octubre de 1917, fue la exactitud con que la consigna bolchevique de "Pan, Tierra y Paz" interpretó las necesidades concretas, inmediatas e impostergables, de aquí y ahora, de las grandes masas obreras y campesinas de ese país. Éstas no fueron movilizadas en pos de nebulosos planteamientos acerca del socialismo como forma superior de organización económica y social sino tras el logro de objetivos muy concretos. Y si se mira la historia de la revoluciones china, cubana y vietnamita se llega también a una idéntica conclusión: en esos países las masas populares fueron movilizadas por la lucha contra el invasor japonés y el gobierno títere de las potencias occidentales en el caso chino, contra la feroz dictadura de Fulgencio Batista y sus amos norteamericanos en Cuba, y contra el colonialismo francés y norteamericano en la experiencia vietnamita. Por otra parte, este nexo dialéctico entre reforma y revolución es lo que se encuentra en la base de los planteamientos gramscianos cuando afirman que para que una clase subordinada pueda llegar a ser dominante tiene primero que demostrar que puede ser dirigente, es decir, que posee la capacidad de establecer su hegemonía sobre el conjunto de las clases y capas subalternas, y que esto se traduce en la capacidad para elaborar programas concretos de reformas y reivindicaciones populares.

Lamentablemente, este nexo dialéctico entre reforma y revolución fue ignorado tanto por la ortodoxia estalinista como por las concepciones trotskistas. El resultado fue que la lucha por las reformas fue abandonada porque, según estas visiones dogmáticas, ellas pecaban de complicidad con el statu quo burgués al prolongar la estabilidad de un régimen de producción destinado a desaparecer. "Reformista" se convirtió en uno de los insultos más imperdonables dentro del debate político de las izquierdas. Ahora bien: si la excluyente concentración en el terreno de las reformas, perdiendo de vista el objetivo final, puede rematar en un craso reformismo que –en ese caso sí– termine sus días como un mero apéndice del capitalismo, la focalización excluyente en el logro de las grandes metas y los objetivos finales de la revolución hace que los partidos interesados en la construcción de una sociedad socialista terminen convertidos en pequeñas sectas fundamentalistas totalmente carentes de gravitación entre las masas. La medalla histórica de la izquierda tiene así dos caras: el anverso exhibe el rostro resignado y vencido del "reformismo"; pero el reverso no presenta la imagen gloriosa de la revolución triunfante sino las facciones desencajadas del "milenarismo mesiánico". El problema entonces es muy complejo y requiere de un supremo equilibrio para evitar caídas en una u otra dirección, cosa que por supuesto es relativamente sencilla de hacer en el papel pero mucho más difícil en la vida política práctica. En el caso argentino tal equilibrio ha brillado por su ausencia. No obstante, a menos que la izquierda sea capaz de diseñar un programa de reformas concretas y creíbles –dotado de una contundencia análoga al que demostrara la consigna de "Pan, Tierra y Paz"– para remediar "aquí y ahora" los estragos del neoliberalismo, sus posibilidades de acompañar, mucho menos aún de conducir, un proceso revolucionario serán nulas.

El país, y en especial las clases y capas subalternas, exigen un cambio. No saben muy bien con que sustituir la pesadilla menemista, pero tienen conciencia de que las políticas neoliberales las están aniquilando lenta pero seguramente, y esto no es una metáfora. Las estadísticas sanitarias hablan con elocuencia. El problema es que no perciben una propuesta de reemplazo, y la hegemonía ideológica del neoliberalismo dificultará enormemente ese proceso. En las últimas elecciones legislativas la protesta popular contra el modelo fue contundente, pero su principal instrumento fue el voto por la Alianza. Sin embargo, los seiscientos y tantos mil votos recogidos por el archipiélago de la izquierda a escala nacional así como los votos en blanco y la abstención electoral son síntomas de que hay una disconformidad de fondo de la sociedad con lo que podríamos llamar los "partidos del orden", en la medida en que tanto el pj como la Alianza compiten para atraer el apoyo de las clases dominantes y por aplicar con la mayor prolijidad posible las recomendaciones del "Consenso de Washington". Estos signos representan el reclamo de algo nuevo, el rechazo al modelo paralizante de la "alternancia sin alternativas" propuesto por el oficialismo y la principal oposición.

Superados los temores ante el chantaje del "retorno de la hiperinflación" y despejado el fetichismo de la estabilidad, sectores cada vez más amplios de los trabajadores y las capas medias se han sumado a la protesta social. Ante ello, la respuesta del gobierno ha sido la

represión, y por momentos parecería que el pueblo estuviera dispuesto a recuperar el protagonismo que otrora supo tener. Sin embargo, es preciso reconocer que, lamentablemente, estas heroicas muestras de combatividad popular no logran aún articularse en una fuerza política nacional, dando vida a una expresión unitaria y coherente. Son luchas puntuales, sectoriales, locales, que agotan sus energías en proyectos que no alcanzan a trascender el marco valioso pero insuficiente de lo inmediato. La "izquierda política" todavía no ha acudido a la cita con una "izquierda social" cada vez más movilizada. El atraso ideológico y teórico de la "izquierda política" y su exasperante fragmentación en un archipiélago de rivalidades irreconciliables la priva de toda eficacia, comprometiendo asimismo la efectividad de la creciente protesta popular que no encuentra un continente adecuado en el que canalizar sus esperanzas y sus luchas.

Bajo estas condiciones las numerosas fuerzas de izquierda deberían comenzar desde ya un proceso de construcción política muy amplio, canalizando en su seno las demandas "reformistas" de los millones de excluidos por la recomposición capitalista de los últimos años; de quienes no tienen techo ni trabajo; de los que carecen de educación y atención médica; y de aquellos cuyos derechos son atropellados y cuya dignidad como mujeres y hombres de este país es ultrajada a diario y que no pueden esperar hasta el advenimiento de la revolución para intentar poner fin a sus pesares. Una condición importantísima para el éxito de esta tarea es que las izquierdas sean capaces de presentar una propuesta unitaria, sin sectarismos ni mesianismos, poniendo fin a la estéril competencia por la radicalización de las propuestas que nos ha llevado a una situación como la actual en la cual nuestra presencia apenas si se advierte en el panorama nacional. Las izquierdas deberían tratar de converger en una voluntad política unitaria pero plural, que reafirme los valores fundantes de una propuesta socialista y que decida democráticamente cuáles habrán de ser los contenidos políticos concretos de la misma y las metodologías de construcción del nuevo espacio político. Sólo de este modo se podrá potenciar la vitalidad transformadora del campo popular y construir, en la Argentina, una alternativa de izquierda.